

PRIMAVERAS EXQUISITAS



lege re

---

---

Y los dos hombres quedaron ligados indisolublemente en mi memoria como si fueran una única persona.

La memoria, único catálogo de vida al que podemos recurrir. Con toda la confianza implícita que merece la ficción.

Al primer hombre, que llamaremos C., lo había conocido un año y medio antes. Me lo había presentado mi primo la noche de Reyes del primer año después de mi cambio de ciudad. Estábamos en el bar, yo tenía turno de noche y la cosa se presentaba más que animada. Aprecié que C. tenía un ojo de cada color. Como Bowie, también era guapo. Mi primer recuerdo de C. es detrás de una barra, sonriendo triunfal.

Al segundo, que llamaremos J., lo empecé a identificar después de otra fiesta. Una fiesta de arquitectos. Su cara me había resultado familiar. En el camino de vuelta, aunque iba haciendo eses, me vino la lucidez. Era uno de los vecinos de la Plaza de San Marcos, donde yo tenía costumbre de desayunar. Él pasaba ratos muertos observando la plaza, los mismos que yo desayunando. Salía despeinado y sin camisa y se mantenía con los brazos estirados sobre la barandilla del balcón. Tiempo después de la fiesta nos empezamos a saludar por la calle. También tenía una buena sonrisa.

Cuando consigo echar a la gente del bar y bajar el último cierre, la sonrisa de su amigo y mi primo me esperan en el bar de enfrente con un botellín en la mano. Por la calle cruza Emilio, uno de los clientes más apuestos del bar. Me saluda y mi primo confirma lo bella que es la gente «aquí abajo» —ellos y yo misma somos catetos oriundos del centro excéntrico de nuestro mapa: Madrid—. Les cuento una historia que me sé de Emilio.

Esta mañana han venido él, el Moro y el Toro —estos nombres son reales, tan reales como mi memoria—.

Han llegado escalonadamente. Esto es, que se han encontrado, no es que hubieran quedado para verse ni nada por el estilo. Emilio le comenta al Toro que lo llamó el sábado porque estaba intrigado con «lo que había dicho exactamente la doctora». El Toro responde tajante: «Pues un paro, tío, un paro cardíaco». Siguen desayunando, untan sus mantequillas, su tomate y sus mermeladas respectivas. El Moro es un testigo silencioso.

Tengo que decir que la semana pasada, dos de estos sujetos, Emilio y el Toro, vinieron a desayunar al bar con claro aspecto de no haberse acostado. Pero fue extraño. Se podía deducir eso, que no se habían acostado, pero no se podía afirmar que vinieran de marcha. Hicieron gala de una intimidad rara. Se hubiera dicho que el Toro, de alguna manera, cuidaba fríamente de Emilio. Pero, en un momento dado, Emilio se levantó y se marchó con un lacónico «Yo me retiro». Un apretón de manos y fuera.

Emilio vuelve a las andadas. «Pero ¿cómo fue? Cuéntamelo bien». Y el Toro cuenta lo siguiente, con detalles objetivos debido a la presencia del Moro: «Este —por Emilio— y yo no nos conocíamos. Nos conocimos aquel día. Después de toda la noche de pasote, va y le empieza a entrar como un ataque epiléptico. Acto seguido se va al suelo. Totalmente rígido. Yo cogí y te metí dos piñas en el pecho. Te levantaste como una cuarta del suelo y entonces te llevé a urgencias del Macarena».

Silencio. Siguen comiendo. «Pues vaya manera de conocerlos», apostilla el Moro. En la segunda ronda de café tampoco han bromeado sobre el suceso. Ni siquiera un poco. Se ve que Emilio está trastornado por lo que pasó la semana pasada, pero no exterioriza, al menos verbalmente. Se va al servicio.

El Toro le confiesa al Moro que lo que le parece más increíble es cómo este tío —por Emilio— se mete lo que se mete sabiendo que es epiléptico.

Vuelve Emilio. Siguen desayunando comentando otros asuntos con menos implicación personal.

A mi primo y su amigo, como a cualquiera, les parece una historia afásica. Y muy masculina. Después, el amigo de mi primo habla de *El Rey se muere*, una obra que ha visto en Madrid, y sonrío más. Tomamos cervezas sucesivas hasta que nos echan de La Alameda. Ellos siguen al día siguiente viaje hasta casa.

Por la mañana desayunamos en San Marcos. Un largo desayuno al sol. No es un tópico, es una posibilidad. Mi primo no puede creer este sol de enero ni la elasticidad del tiempo.

—Aquí el tiempo está a nuestro servicio. Y no al revés —me explico.

—En Madrid el tiempo te aniquila, siempre gana, ya sea por K.O. técnico o por decisión del árbitro —contesta él.

Nos movemos.

Su coche está aparcado al lado de la estatua de Manolo Caracol. Mi casa, en la dirección contraria. Justo antes de separarnos aparece J., el segundo hombre, el del balcón de la Plaza de San Marcos. Va con una chica. Una que casualmente también desayunó ayer en el bar. Sola. Un poco después que Emilio y los otros dos.

Mi primo y su amigo estudian arquitectura.

Y entonces ha sido cuando los dos hombres —el amigo de mi primo y el chico de San Marcos— quedan pegados en la memoria casi sin mi intervención. Sólo por el productivo método de la yuxtaposición de imágenes. El recuerdo del amigo de mi primo tiene irremediabilmente la cara del chico de la Plaza de San Marcos. O al revés. El problema es que no sé muy bien qué cara ha elegido mi memoria, porque ya no he vuelto a ver a ninguno de los dos. C. vive en Madrid y J. ya no sale nunca por el balcón. Debe estar en Berlín. Los arquitectos siempre van a Berlín. Pero estamos en Sevilla y ha empezado a llover.

Ionesco, Eugène. Emigró de Rumania para trabajar en un almacén en el París de los años cuarenta. Por las tardes montaba *La cantante calva*. El día del estreno invitó a su capataz. Podemos imaginar su estupor. Pero aquella locura enterneció a Pierre, el capataz. Desde ese día, cada vez que el joven Eugène volvía de un recado, le apostillaba un «A ver, Eugène, déjame ver si sigues teniendo un ojo de cada color». Semejante chascarrillo sólo se lo permitía Pierre con Eugène. Dentro de una vida absolutamente lineal —vida es igual a percepción—, Pierre había encontrado la grieta, la famosa grieta por la que mirar otros mundos, o el mismo mundo pero de otra manera.

Eugène dejó pronto el almacén para dedicarse en exclusiva a escribir. Era feliz pero pasaba frío. Emilio, el bello joven epiléptico, me dijo ayer que era pintor, que pintaba cuadros abstractos y que sudaba mucho pintando los cuadros. Pasaba mucho calor.

Ahora que conozco bien las primaveras de las dos ciudades —Sevilla y Madrid—, no sé por cuál optar. Sevilla en primavera está inauditamente poblada por las noches, gente elegante cruza las avenidas, violentamente el cirio llena el aire, el cirio y la flor, la flor y el cirio en una pelea prolongada. Los días son interminables y la luz, como siempre, cegadora.

Madrid, en cambio, simplemente se desenvuelve y se desafloja. Tiene los mejores atardeceres y las noches más grandes, en tiempo y en espacio.

Bien: primaveras exquisitas ambas, en todo caso. Anoche volví de Madrid.

Me encuentro una Sevilla asombrosamente concurrida para ser de madrugada. No. Precisamente por eso. Todavía se me olvida y me sorprende el despliegue de nazarenos. Me estoy tratando de interesar por este tema pero vuelvo a tener ganas de salir corriendo.

¿Quién me presta una escalera para encontrar la salida? Llego a casa prácticamente a empujones. Desde el salón a oscuras y

junto al póster de la bomba atómica, escucho la noche. Las marchas se entrecruzan y huele a cirio y a casa cerrada.

Como parece inviable dormir, vuelvo a las calles.

Los dueños del bar de abajo son dos cuñados exactamente iguales.

La historia no escrita del barrio dice que por eso se hicieron cuñados, por su parecido físico extraordinario. Si alguna vez te cruzaras con alguien llamativamente parecido a ti, no creo que fuera posible quedar indiferente. Si además resulta que te conviertes en amigo suyo, la novedad adquiere dimensiones importantes. Si tú y tu doble os enamoráis de dos hermanas, tu vida cobrará definitivamente un sentido.

El orden, que es la primera y la más eficaz de las ficciones, se instalará en tu vida. Podrás tomar distancia y ponerte en lugar de otro —encarnando la jugada de buscar «lo común» y «lo parecido», que es lo que más textura moral da al género humano— con más facilidad que aquel que jamás vio su sombra en otro replicante, ni siquiera en sus hermanos, por no tenerlos o por pertenecer a esa clase de hermanos embarazosamente antagónicos.

Los cuñados de mi bar son por tanto un canto a la humanidad, un sosiego, un modelo en el que echar amarras: son partidarios de lo similar, por lo tanto, de lo más dispar a la luz de su propia cercanía. La igualdad, segunda gran ficción necesaria: hija por lo demás del orden.

El orden requiere que dos cosas sucesivas o similares que guardan un patrón rítmico, cualquiera que sea este, se repitan formando una serie. Ya sea una hilera de casas o dos cuñados muy, muy parecidos. Donde hay similitud —simulación de igualdad— hay orden. Donde hay orden puede haber virtud.

Todo esto lo pienso en la esquina de un bar atestado de gente, bien mediada la madrugada. Van todos muy bien vestidos y con

sillas plegables en las manos. Unas sillas que sólo venden los chinos. Van de procesión en procesión —los sevillanos, no los chinos—, tomando cubatas, oyendo la radio, buscando su esquina favorita donde dará la vuelta perfecta el paso. La ciudad repleta y en movimiento.

Yo, de momento, atrapada en pleno centro, puedo ver amanecer acompañada desde esta mesa. Me quedaría aquí lo que queda de noche y lo que queda de abril.